

En este artículo se estudia la forma de representar y sentir la montaña por parte de los escritores vascos. Para ello, se han recogido diversos textos escritos en las principales lenguas utilizadas en el país y se han puesto en relación con las principales épocas culturales y literarias de Europa Occidental. En la evolución que ha seguido la literatura de montaña en Euskal Herria se percibe una línea propia, que puede situarse en el marco de los movimientos de Europa Occidental.

Palabras Clave: Literatura de montaña. Literatura de montañeros. Literatura vasca. Literatura comparada. Crítica literaria. Montaña. Montañismo.

Honako artikulu honetan Euskal Herriko idazleek mendia nola irudikatu eta sentitu duten aztertzen da. Gure herrian erabiltzen diren hizkuntza nagusietako idatziak bildu, eta testuak harremanean ipini dira Europako mendebaldeak izan dituen aro kultural eta literario nagusiekin. Europa mendebaldeko mugimenduen barne koka daitekeen lerro propio bat sumatzen da Euskal Herriko mendi literaturak izan duen eboluzioan.

Giltza-Hitzak: Mendi literatura. Mendizaleen literatura. Euskal Herriko literatura. Literatura konparatua. Literatur kritika. Mendi. Mendizaletasuna.

Cet article analyse la manière de représenter et de ressentir la montagne par les écrivains basques. En rassemblant, à cette fin, divers textes rédigés dans les principales langues utilisées dans le pays et mis en lien avec les principales époques culturelles et littéraires de l'Europe Occidentale. Dans l'évolution suivie par la littérature de montagne en Euskal Herria, on perçoit une ligne distincte, qui peut être située dans le cadre des mouvements de l'Europe Occidentale.

Mots-Clés : Littérature de montagne. Littérature d'alpinistes. Littérature basque. Littérature comparée. Critique littéraire. Montagne. Alpinisme.

La literatura de montaña en el País Vasco

(Mountain literature in the
Basque Country)

Monreal Zarraonandia, Haritz

Univ. del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea.
Hizkuntzaren eta Literaturaren didaktika Saila
Sarriena auzoa, z/g 48940 Leioa
haritz.monreal@ehu.eus

BIBLID [0212-7016 (2018), 63: 1-2; 110-132]

Recep.: 12.09.2017
Acep.: 02.05.2018

A diferencia de otros lugares de Europa en los que la práctica del montañismo conlleva una literatura abundante y el consiguiente interés de los aficionados, entre ellos investigadores y profesores universitarios, la literatura de montaña no ha despertado hasta hace poco una curiosidad similar en el ámbito académico vasco. Quizás pueda exceptuarse el caso del célebre rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, cuya afición a ascender montañas suscitó a comienzos del siglo pasado memorables narraciones biográficas y reflexiones profundas acerca del papel que la montaña ha desempeñado en la literatura. Sin embargo, en estos últimos años se aprecia un cambio de sensibilidad. Por una parte, desde 2010 vienen celebrándose en la Facultad de Letras de la UPV/EHU unas enriquecedoras jornadas en las que se han abordado diferentes temas relacionados con la montaña, el cine y la literatura. Por otra, merece ser destacado que la UPV/EHU y la UEU coordinaron en el curso 2015/2016 un título de posgrado que abarcaba el montañismo desde una perspectiva multidisciplinar; aunque quizás se descuidó un poco el campo de la literatura. Creo que puede enmarcarse dentro de este reciente giro en el interés académico la tesis doctoral que defendí en enero de 2016 en la UPV/EHU, en la que se estudiaba comparativamente la literatura de montaña del País Vasco y la de los países occidentales donde más se ha escrito sobre este tema, y se establecían claramente relaciones y divergencias entre ambos ámbitos geográficos. La misma universidad ha publicado en 2017 una adaptación de dicha tesis, que lleva el título de *Mendi literatura*.

Aparentemente, no se ha conocido bien el alcance y la trascendencia que ha tenido, desde hace ya casi dos siglos, el estudio de la literatura de montaña en otros países de Europa occidental. El desconocimiento, o incluso el habitual desinterés académico, podría venir justificado en cierta medida por la asociación que normalmente se establece entre el montañismo y su literatura y las actividades relacionadas con el deporte o el ocio, que tradicionalmente se alejan de la seriedad que se supone al canon literario, y del propio gusto del crítico literario, quien tiende a considerar que la calidad literaria se halla únicamente en los textos que reflejan los males y pesares de la vida urbana, con los que este se identifica con mayor facilidad. En otros lugares el montañismo ha sido desde hace mucho tiempo una afición extendida entre los profesores universitarios, lo cual tiene un

efecto notorio en la valoración de su literatura. Cabe destacar, por ejemplo, los copiosos fondos de la Oxford Mountaineering Library, gestionados por la biblioteca Bodleian y el club de montaña de esta universidad. Oxford fue asimismo precursora en los estudios de la literatura de montaña al organizar en 1912 un ciclo de conferencias en el que participaron personajes insignes, entre los que cabe citar a Julian S. Huxley, biólogo, escritor y primer director de la UNESCO, su hermano Noel Trevenen –ambos eran hermanos del escritor Aldous Huxley y del Nobel de medicina Andrew Huxley–, o Arnold Lunn, escritor, periodista e inventor de la modalidad de eslalon en esquí alpino. El estudio de la literatura de montaña ha constituido desde entonces un campo prolífico dentro de los estudios literarios, y ha producido simposios, conferencias, tesis doctorales, tesinas y monográficos que recogen el amplio caudal de artículos académicos.

Siguiendo el ejemplo de la crítica literaria de otros países, he considerado que el término que define este campo –es decir, la propia *literatura de montaña*– se debe interpretar en un sentido amplio; alcanzaría a textos muy diversos en los que la montaña tiene una presencia más o menos destacable. Quisiera proponer en este artículo un breve esbozo de la representación que la montaña ha tenido en la literatura del País Vasco a lo largo de la historia. Fijaré la atención sobre los textos de varios autores que han escrito en las principales lenguas que se emplean en el país, pero tendré presentes las posibles referencias o influencias externas. Por prudencia expositiva, en la tesis, el análisis de las relaciones literarias finalizaba en la década de 1970 y, por el mismo motivo, en esta exposición, que sintetiza y extiende algunos de los temas allí tratados, se mantendrá ese mismo límite temporal y me centraré principalmente en la tradición literaria de nuestra tierra.

1. Antigüedad

Comenzaremos esta breve historia de la literatura de montaña con los primeros testimonios escritos en los que aparecemos los vascos. Los geógrafos griegos y latinos asociaron a los vascones con los demás pueblos montañoses de la península, gentes de costumbres bárbaras cuya ferocidad les acercaba a las bestias, capaces de comerse entre sí en situaciones extremas antes de rendirse al impulso civilizador de Roma. El refinamiento culinario que nos caracteriza en la actualidad tiene un precedente un tanto indigno en la *fames calagurritana*: ante el asedio de las tropas de Pompeyo los habitantes de Calahorra se vieron forzados a recurrir al canibalismo. La ciudad, que en aquella época estaría situada dentro del territorio vascón, en cuanto se incorpora a los cauces de la civilidad, aporta a la literatura de montaña uno de sus principios canónicos.

Parece que el riojano Quintiliano, el personaje más ilustre que ha dado Calahorra, no se enorgullecía del reciente pasado antropófago de sus conciudadanos. Entre los preceptos que formula en su *Institutio oratoria* encontramos una exhortación al empleo de un latín exento de barbarismos; tanto la voz como las palabras deben mostrar que el orador maneja con propiedad la lengua de la capital imperial, de manera que no traicionen su procedencia provincial. Por otra parte, parece que no le atraía demasiado la decadencia asiática en que había

caído el Imperio. Ante el afeminamiento, el gusto por la cosmética, el exceso de ornamento y el embellecimiento en la expresión contraponen en su famoso tratado una oratoria viril, clara y precisa. Cuando se ocupa de los tropos o figuras que debe emplear el orador si quiere alcanzar la excelencia en el estilo, mencionará, por ejemplo, que en latín el *vertex* o vértice es propiamente un remolino de agua, por extensión todo aquello que se arremoline, de ahí al recogido del cabello, hasta acabar designando la parte más alta de una montaña. La transición de un elemento a otro, intermediando la ornamentación personal en el uso metafórico, le resultaba excesiva (lib. viii, ii, 7-10). En su preocupación por establecer los fundamentos de una expresión sublime tiene presente la montaña en alguna otra ocasión. Así, cuando añade que, entre los vicios en que incurren los oradores, una elección inapropiada de los términos puede contribuir a la disminución de la grandiosidad y dignidad de un discurso. Ha llegado hasta nuestros días, como paradigma de recurso oratorio o literario inadecuado, el siguiente ejemplo: “*saxea est verruca in summo montis vertice*” (es decir, “hay una verruga rocosa en la frente de la montaña”) (lib. viii, iii, 48). Una oratoria tan torpe provocaría únicamente la hilaridad del público.

Podemos considerar que Quintiliano, como estilista y preceptista, es un precursor en la literatura de montaña, mucho antes de que el británico Leslie Stephen definiera las pautas literarias que seguían los pioneros del Alpine Club en el siglo XIX. El padre de Virginia Woolf creía que el alpinista, cuando divulga su experiencia deportiva, debe fingir una especie de cinismo, mezclando un paisaje montañoso grandioso con referencias a las pulgas o a la cerveza amarga de los lugares donde se hospeda. El peligro de excederse en lo sublime se combate con un poco de humor, que no está reñido con la sensibilidad (cf. 1946: 219). Puede decirse que otros elementos de la obra del calagurritano resultarían del agrado de este alpinista victoriano, como la recomendación al orador de que ejerza su influencia al servicio de la justicia y de la moralidad pública, o su idea de una educación que resulte interesante y agradable al aprendiz.

2. Edad Media

En cualquier caso, la imagen de los vascos que perduró desde la Antigüedad hasta finales de la Edad Media es la del vasco brutal como los montes en los que habita. En la Edad Media, afortunadamente, se libraron por poco de figurar en la *Canción de Roldán* como los salteadores traicioneros que masacraron en los Pirineos a la retaguardia carolingia, y lo mismo en toda la saga que siguió a esta obra tan difundida desde el siglo XI, ya que se asignó ese papel a los mahometanos, un enemigo de mayor entidad. No obstante, un siglo más tarde, en la primera guía para los peregrinos que viajaban a Santiago a modo penitencia por sus pecados, el *Iter pro peregrinis ad Compostellam* –que podría tomarse como una de las primeras guías turísticas–, los vascos son descritos como gente a evitar: sus modos de comer y beber que los asemejan a las bestias, su idioma parecido al lenguaje de los perros, la zoofilia que practican, etc.

3. Renacimiento

La imagen de incivilidad de los vascos se mantiene hasta finales de la Edad Media. Algo cambiará con el brillo de la corte del reino navarro de ultrapuertos, que llegó a encandilar al mismísimo Shakespeare, quien hizo célebre la frase de “Navarre shall be the wonder of the World” (1963 [1598]: 3). La corte renacentista de la reina Margarita fue un pequeño parnaso para los escritores y un refugio para los pensadores heterodoxos. Al modo de Boccaccio, la propia reina, que debía tener cierta afición por las aguas termales pirenaicas, sitúa las narraciones picantes de su *Heptameron* en una abadía en la que se han refugiado varios personajes de la nobleza que, tras pasar la temporada estival disfrutando de las aguas medicinales de Cauterets, huyen de unas intensas tormentas otoñales. Hay que señalar que la reina acogió en su corte a Leonardo da Vinci, que anteriormente se había dedicado a describir el Monte Rosa desde la perspectiva del pintor y del naturalista. El mismo afán de conocimiento humanista llevaría a François de Foix Candale, del linaje de los reyes de Navarra y pariente cercano de los monarcas, a ascender en el siglo XVI al Midi d'Ossau –no se sabe con certeza si alcanzó la cima–. En la crónica de la ascensión, recogida medio siglo más tarde en la *Histoire Universelle* de Jacques-Auguste de Thou, encontraremos a este pariente de Enrique IV de Francia partiendo hacia el monte a horas intempestivas, por consejo de los paisanos abrigándose bien, y empleando todos los medios artificiales a su alcance –escaleras, garfios, etc.– para superar las dificultades orográficas (1734 [1593]: 62-63).

Al otro lado de los Pirineos, en la península reinan los Habsburgo y se impone la Contrarreforma, e historiadores como el oñatiarra Esteban de Garibay se ocuparán de insertar a los vascos y de defender su peculiaridad dentro de la corona hispana. La montaña toma en su *Compendio historial* un papel relevante y se mitiga la anterior imagen de barbarie y belicosidad. En dicha obra la montaña adquiere, en primer lugar, un cariz religioso; es el lugar donde se guardan las costumbres inalterables de los antiguos patriarcas bíblicos, continuadores directos de Tubal. Ante la posibilidad de que aconteciera otro Gran Diluvio, los antepasados de los vascos decidieron no alejarse demasiado de las alturas, ya que aún tenían fresca en la memoria la bajada del Ararat. Darían fe de este origen bíblico numerosos topónimos, como el que se acaba de citar, equivalentes a los que se encuentran en Armenia. La montaña tiene, por otra parte, un valor defensivo; por ejemplo, encima de Mondragón se hallaba un castillo, “sobre una montaña gentil y hermoso sitio de piedra, que para esto parece que la naturaleza lo



“Reina Margarita de Navarra”. Online: fuente: “University of Pennsylvania: A Celebration of Women Writers: The Heptameron of Queen Margaret, Queen of Navarre”: <<http://digital.library.upenn.edu/women/navarre/heptameron/heptameron.html>>

crió con subida agria y áspera por todas partes, según el asiento que buscaban las fortalezas en estos tiempos, diferentes del de ahora”. La montaña se asocia asimismo con los metales preciosos, con las plantas medicinales, con el alimento de los animales domésticos y con los cultivos que ofrece la tierra. En las inmediaciones de la villa natal del escritor se alza el Udalaitz, “una de las cosas más altas que hay en los reinos de España, y hermosa y fructífera, especialmente de metales, y tiene conjunta otra muy alta peña, llamada Amboto, que las dos parecen hermanas, que nacieron para hermosear la una a la otra”. Se ubica en este mismo monte una basílica donde residen “personas de letras”, y desde este lugar de culto se puede contemplar un paisaje extenso (1628 [1571]: tomo i, lib. iv, 72). Además de aquellos valores positivos que se podrían relacionar con una motivación práctica, resulta muy significativa la valoración estética de la montaña por sí misma.

Esta estima de la belleza del paisaje montañoso, que encontramos en otros autores vascos y en conocidos naturalistas suizos de la misma época, viene a fortalecer la idea de que la valoración estética de la montaña anterior a la época de la Ilustración es un fenómeno bastante más extendido en Europa de lo que ha querido hacer creer la crítica literaria anglosajona y francesa que se ha ocupado de la literatura de montaña. Los críticos, generalmente, han situado el cambio de sensibilidad respecto a la montaña a finales del siglo XVIII, soslayando la importancia de los escritores suizos anteriores, minimizando convenientemente su testimonio y calificándolo de residual, periférico o anecdótico. En la historia de la literatura se ha visto despreocupación por la montaña en los clásicos griegos y latinos, reducción a mero símbolo de purificación o calvario en la Edad Media, paisaje de fondo o *sfumato* en el Renacimiento, y objeto de repulsa y terror en la primera Ilustración más clasicista y cortesana.

4. Ilustración

Responde al esquema precedente la visión que se ofrece de la montaña en la *Corografía* del jesuita Manuel Larramendi, obra posiblemente censurada internamente dentro de la propia orden, y que no vio la luz hasta finales del siglo XIX. La *Corografía* trata de hacer frente a las inexactitudes que el jesuita andoaindarrá encuentra en ciertas descripciones geográficas realizadas por autores que considera ajenos al país y muy desinformados –le molesta especialmente que lo tomen por vizcaíno–. Sin embargo, en su desvelo por arreglar el entuerto, sus descripciones de la montaña siguen el gusto neoclásico de la época, influido quizás por la lectura de los naturalistas europeos, cuya trayectoria seguía muy de cerca. En su obra gradúa la colina de Santa Barbara en Hernani como “monte muy alto”, el monte Aizkorri o el Aloña como “montañas terribles”, los Pirineos navarros como “barrancosos horrendos montañones”. Califica los montes guipuzcoanos, por el contrario, de Pirineo moderado, suave, deleitable, heterogéneo, poblado y cultivado, en fin, un paisaje humano, y llega al extremo de afirmar que en Guipúzcoa no hay “monte ninguno pelado o estéril”. Habiendo sostenido Mariana y otros autores que, más allá del paso de San Adrián, desde la cima se pueden observar el

Atlántico y el Mediterráneo, un impulso empírico lo llevó a tratar de confirmar este dato, “Quise hacer por mi esta observación. Subí hasta lo más alto del camino, y viendo que faltaba mucho que trepar hasta los peñascos eminentes que hay en la cima, me desanimé, de cansado y lo dejé” (1882: 52). Desistió pronto, o le pareció que un dato tan insólito merecía ser recogido en su obra. Lo cierto es que no le hubiera costado demasiado delegar la responsabilidad de la investigación en algún paisano más bregado en lides montaÑeras.

Otro guipuzcoano, el magistrado donostiarra José María de Zuaznavar, montaÑero de mayor enjundia, aportó a la literatura de montaña vasca una efeméride al subir el monte Teide en 1792, el mismo año en el que, en plena Revolución francesa, surge la facción de los *montagnards* promovida por los jacobinos. Zuaznavar recuerda las ascensiones por las Islas Canarias en sus memorias, publicadas a principios del siglo siguiente. Estaba desempeñando el cargo de fiscal en la audiencia canaria, en una época en que las islas sufrían los ataques del almirante Nelson, que perdió un brazo en una de las incursiones. El ilustrado donostiarra equipara sus logros en la montaña con la navegación en tiempos de guerra en un pequeño bote sin tripulación, “Yo, que como buen guipuzcoano, trepé a pie, en la antigua sumergida Atlántida, reducida hoy, según muchos, a las Islas Canarias, por montañas que parecían inaccesibles” (1834: 100). La subida al Teide con varios guías que facilitó el marqués de Villabuena –que era director de la *Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife*, entidad inspirada en el ejemplo de los caballeritos de Azkoitia–, la recuerda de manera escueta, con la sobriedad característica de las gentes de su país, “subí al pico Teide en Tenerife, vi momias, dormí en cuevas de Guanches, pasé por en medio de dragos y tiles admirables de una inmensa antigüedad, observé, con atención particular, la caldera preciosa que forma el cráter de los volcanes de la cima del pico Teide, su increíble altura respecto del mar, y del Horizonte, su agradable posición respecto de las demás Islas Canarias, las lavas que han vomitado sus volcanes, etc.” (*ibidem*: 35). En la adjetivación de este breve pasaje nada sugiere que la montaña le infunda temor y mucho menos terror; únicamente sensaciones agradables que no se pueden asociar con un fin práctico. Aunque es cierto que relaciona otras ascensiones con un interés científico: sube en tales casos para realizar trabajo de campo, siguiendo el ejemplo de los naturalistas antiguos y contemporáneos, y le preocupan especialmente las aguas y su uso agrícola.

5. Romanticismo

Si bien la afición por la montaña de Zuaznavar parece natural, consustancial o, al menos, habitual en los vascos, como sucede con otras cuestiones relacionadas con el gusto, no se puede afirmar con certeza que no estuviera siguiendo una tendencia general que se estaba fraguando en Europa. A la hora de explicar la atracción que las multitudes sintieron por el paisaje alpino a partir del final del XVIII, aparentemente de manera repentina, cabe que la crítica haya sobervalorado el papel que tuvieron la filosofía y el arte. A veces se ha planteado este movimiento a la montaña como una moda inducida casi únicamente por un cambio en la sen-

sibilidad estética: el gusto por una belleza que surge del orden, la armonía, el equilibrio, la proporción, es sustituido por la atracción hacia lo sublime, que se encuentra en lo enorme, el infinito inabarcable, el abismo, la oscuridad, en aquello que produce terror e intensidad de sentimiento. Lo que antes causaba temor y rechazo, ahora provoca una especie de emoción atrayente, un “delightful horror”, como diría Burke. Para llegar a este sentimiento de terror-calma, hay que cultivar la sensibilidad, y Kant llegaría al extremo de negar al campesino alpino la capacidad de apreciar la belleza de los glaciares que penden peligrosamente sobre su cabeza. El filósofo alemán tenía en mente a su admirado Horace-Bénédict de Saussure, promotor de la primera ascensión al Mont Blanc, y lo conceptuó como al hombre que rompe con el viejo orden, con el dogma, capaz de contemplar desde las alturas la unión en la diversidad y diseminar la luz de la Ciencia.

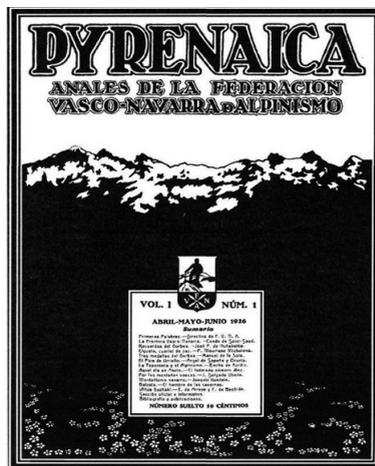
En la vuelta a la naturaleza y particularmente a la montaña, se ha subrayado el elemento pasional, la ruptura de las convenciones sociales, el predominio del sentimiento sobre la razón, el desencadenamiento de la inspiración poética. Se ha incidido menos en las implicaciones sociales que tuvo la noción de lo sublime. Lo elevado, la majestad, la nobleza, la excelencia espiritual y moral se relacionaron paradójicamente tanto con la monarquía como, por el contrario, con los montañeses, cercanos a una naturaleza peculiar, y que vivían en una libertad republicana, en la igualdad de una democracia participativa. Se propuso particularmente el ejemplo de la sociedad suiza, considerada industriosa, simple y honesta. Algunos escritores defendieron la difusión del modelo montañés-democrático al resto del continente, los más conocidos pueden ser Rousseau o Senancour, pero, en el caso de los vascos, el defensor más conocido de la extensión de nuestro modelo social fue Louis-Ramond de Carbonnières. En la obra que publicó en 1789, *Observations faites dans les Pyrénées, pour servir de suite à des observations sur les Alpes*, el mencionado autor ofrece una imagen de los vascos que sigue el patrón suizo: los vascos son “a la fois bergers et guerriers” (pastores y guerreros), mantienen el amor a la patria y las virtudes cívicas, la simpleza –incluso la sangre sin mácula de los antepasados–, todo lo necesario para regenerar Occidente. Dentro de esta imagen montañesa, Carbonnières aprecia un contraste entre la agilidad del vasco y la “pesanteur” de los habitantes del valle de Luchon (1789: 207).

Hubo otros autores que recalcaron esta “ligereza en las piernas que permite la elevación del alma”. Es el caso del francés Alexandre de Laborde, que luchó en la península Ibérica con las tropas napoleónicas y definió a los vascos como “Très légers à la course, ils grimpent sur les montagnes avec la plus grande facilité” (1809: 149). El poeta inglés William Wordsworth se basaría en la información que Laborde difundió sobre nuestros “cantones”, cuando compuso varios poemas dedicados a nuestro pueblo y a la libertad pisoteada por las tropas francesas. Wordsworth dibuja a la tiranía napoleónica cercenando el árbol de las libertades vascas, el árbol que simboliza y materializa el vínculo entre el cielo y la tierra, bajo cuya sombra se reúnen el Señor y el pueblo. El proyecto revolucionario, que planta árboles de la libertad allí donde triunfa, esclaviza a los “rude Biscayans”, a quienes Wordsworth trata de azucar para que se emancipen del yugo napoleónico. Del mismo modo que la revolución llegó a ser un régimen totalitario con el Terror, durante el período de la Convención, y luego con el Imperio, se ha considerado que

el proyecto romántico, asimismo, degenera en una imposibilidad de adaptarse a la realidad, en escapismo y en melancolía, o aún peor, en oscuridad y goticismo masoquista. También la crítica puede acabar recurriendo a la facilidad de los lugares comunes y, en aras a mantener la coherencia en la narración, pecar de ligereza al dejar en el tintero matices importantes o datos discordantes. Algo inevitable, por otra parte, en un artículo de síntesis como es este.

Posiblemente no se ha ponderado suficientemente la importancia de los cambios sociales y económicos en la difusión del montañismo. Se ha afirmado que a la montaña llegó en primer lugar la nobleza ilustrada; después, con la industrialización, la élite acomodada. No se ha prestado demasiada atención, sin embargo, a lo que hacía el pueblo raso, que si deja huella en los senderos no lo refleja en las letras. En nuestro país, en cualquier caso, los comienzos del siglo XIX no fueron buenos tiempos para disfrutar de la montaña, como mucho fueron propicios para la práctica de la guerra y el bandolerismo. A pesar de ello, la montaña tiene un papel relevante en la literatura, y fue un elemento obligatorio de diccionarios geográficos y guías pintorescas, libros de historia y compilaciones de leyendas. Precisamente en una obra de este tipo el guipuzcoano Ignacio de Iztueta, casado y encarcelado varias veces –la Inquisición lo persiguió por afrancesado, aunque también pudo ser “mendi-mutil” o asaltador de caminos–, señala que subía al Txindoki sin otro fin que gozar del paisaje, “Aitz goititu onen erpiñera beste eguiteco bague igoric, egon izandu naiz neur bein baño gueiagotan, campo zabal icusgarriai beguira ezin azpertzuz” (1847: 37). Recojo el comentario que mereció este pasaje en el segundo número de la revista *Pyrenaica*, “no fue a la montaña con fines venatorios, científicos o utilitarios de ninguna especie, sino *al monte por el monte*, que es el espíritu que informa las modernas sociedades alpinas” (1926: 69).

La Primera Guerra Carlista fue una época prolífica para la literatura que cumplía una función en el renacimiento de la lengua y de la cultura vascas. Especialmente entre los escritores del País Vasco continental residentes en París se percibía una amenaza homogeneizadora exterior al país y llamaron la atención sobre la situación. Sobresalió en esta labor el bayonés François Eugène Garay de Monglave, que había luchado en la península con las tropas napoleónicas, y guerreó en Brasil y Portugal al servicio de los constitucionales. En 1823 fundó una revista desde la que combatió la Restauración monárquica, por lo que lo encarcelaron y multaron en varias ocasiones. En 1833 fundó el Institut historique, que celebraría sus congresos en los salones del ayuntamiento de París. En las actas del primero de estos congresos figura el origen de



“Portada del primer número de la revista *Pyrenaica* (1926)”. Online: fuente: “*Pyrenaica: hemeroteca*”: <http://hemeroteca.pyrenaica.com/eu/aldizkaria/001/#pyrenaica/page1>

los vascos entre los temas a tratar, aunque parece que no se cumplió dicho propósito. En 1834, publica en la revista de la institución el *Chant de Altabiçar*, y en la presentación introductoria afirma que este poema épico constituye una réplica auténtica a la versión medieval de los francos. Atribuye a los vascos un origen oriental. Se trata de un pueblo patriarcal, hospitalario, aéreo, amante de la luz. Los nórdicos vienen a perturbar la paz del montañés, “çer nahiçuten gure mendietaric norteco giçon horiec? / Certaco iendira gure baakiaren naasterat?” (1834: 178). La canción adquiere relevancia en el nuevo contexto histórico.

Recolector e inventor de mitos y leyendas, el suletino Joseph Augustin Chaho fue sin duda el escritor más preocupado por borrar la imagen ultramontana de los carlistas insurrectos. En París la prensa liberal los asociaba con los legitimistas borbónicos franceses, y Chaho defenderá que en la contienda era secundaria la lealtad al aspirante a monarca, puesto que lo que para los vascos estaba en juego era la perduración de unas leyes que se fundamentaban en la participación ciudadana, en la identidad de un pueblo. Chaho se sitúa frente a los que trataban de identificar a los carlistas con el Antiguo Régimen, el absolutismo, el dogma religioso, el clericalismo, los privilegios feudales, el particularismo o el atraso. En suma, frente a los liberales que ven el sistema vasco como algo opuesto a la Modernidad, el liberalismo –en su acepción más amable–, la Ilustración, la libertad de culto, la civilización, la universalidad y el progreso. El escritor suletino subrayó los elementos más igualitarios y libertarios del orden social vasco, hasta el punto de espetar a los liberales franceses y españoles, “vos institutions progressives seraient pour nous rétrogrades” (1834: 18). Retoma la idea de que el ascenso a las alturas, la nobleza universal propia de los vascos, debería extenderse por todo el mundo.

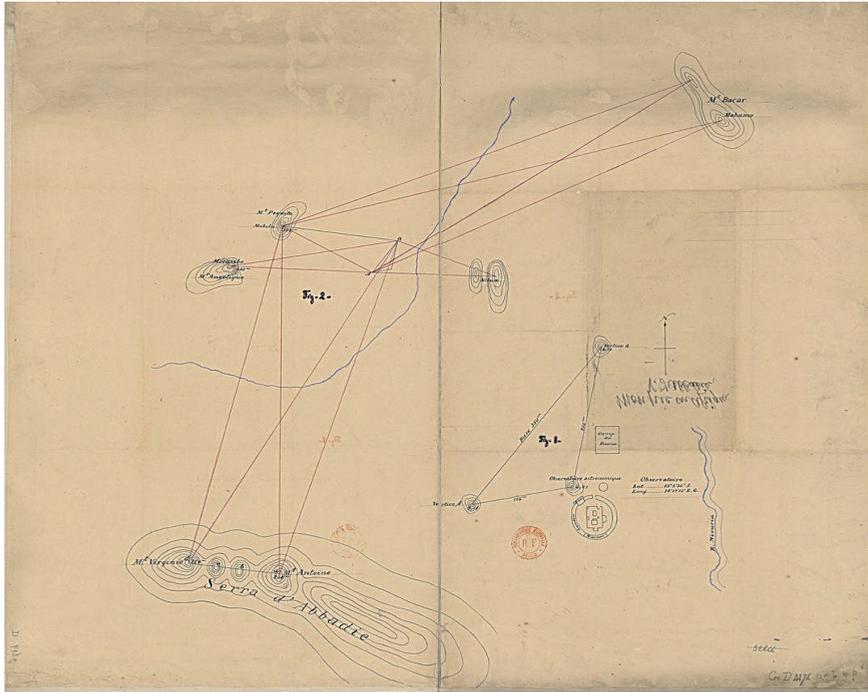
En *Voyage en Navarre* (1836) el escritor se interna en calidad de periodista en un terreno montañoso en plena insurrección. Se ha afirmado que la crónica periodística tenía mucho de ficción y poco de realidad. Ciertamente el relato parece ser una amalgama de novela histórica, guía alpina pintoresca, tratado esotérico-naturalista, recopilación de leyendas y costumbres, etc., lo cual no invalida la autenticidad de cada una de las afirmaciones y los datos que presenta. Es evidente, por ejemplo, que el relato tiene mucho de literario cuando asciende al Larrun en plena luz del día, ayudado por un contrabandista que le sirve de guía, y los dos huyen velozmente de los gendarmes que les pisan los talones. Parece más lógico que cruzaran la muga al amparo de la oscuridad nocturna, pero eso no permitiría describir el paisaje, u observar al águila, que hace oír su grito salvaje y luego asciende en círculos concéntricos. Para Chaho hubiera sido lamentable tener que desechar una escena con tanta fuerza visual y alegórica, y hay que reconocer que nuestro autor estaba dotado de una vista águilina, ya que era capaz de ver Bilbao desde la cima del Larrun... A lo largo del viaje por terreno insurrecto carlista, se imagina a sí mismo y a sus acompañantes como la partida fugitiva del *Último de los mohicanos* de Fenimore Cooper, obra que había sido traducida al francés hacía unos pocos años. De hecho, explicita esta influencia, y no sería desacertado creer que el propio Chaho se veía a sí mismo como una especie de Hawk-eye, medio parisino-medio nativo, acompañado en su fuga por miembros de una tribu en peligro de extinción por la presión de los colonos. Desde la perspectiva de la religión panteísta de los vascos, el poeta interpreta el sentido oculto de los ele-

mentos de la naturaleza, y se expresa como si tuviera casi una capacidad visionaria y pudiera predecir el futuro. De haber sido Chaho un poco menos visceral, separando con calma la ciencia y la literatura, y respetando los límites del género de la crónica periodística, probablemente no hubiera tenido que afrontar las críticas de sus contemporáneos, que tacharon su crónica de relato literario de ficción.

6. Exploradores y naturalistas vascos del siglo XIX

Antoine d'Abbadie, el famoso científico y explorador cuya residencia palaciega sobresale en una colina al este de Hendaya, tuvo que salir al paso y justificar las licencias narrativas de su paisano desde las páginas del boletín de la Société de Géographie. D'Abbadie defiende el carácter dramático o literario del relato, señalando que éste sigue las directrices que establece la Royal Geographic Society (RGS) para los exploradores que pretendan describir sus andanzas. El coronel Jackson, en un artículo intitulado "Of Picturesque Descriptions in Books of Travels", recomienda que los escritores de libros de viajes recurran al componente pintoresco a la hora de plasmar lo que van observando. Por ejemplo, en el caso de las víctimas de la esclavitud, dado que la sobriedad no despierta empatía hacia la causa de la emancipación, hay que recoger elementos característicos vivos, que llamen la atención del lector y lo lleven a actuar. Por otra parte, el exceso de patriotismo de Chaho lo justifica d'Abbadie recordando que el amor a la patria es el pilar de la Société de Géographie, de la que fue presidente a finales del siglo XIX (1836: 136).

Es una lástima que d'Abbadie no siguiera él mismo las recomendaciones de la RGS y diera cuenta de sus viajes. Los exploradores vascos decimonónicos alcanzaron cotas de altura pioneras para la época, pero no sintieron una necesidad pareja de compartir sus experiencias. El propio d'Abbadie se dedicó junto a su hermano Arnauld –acompañados por sendos *domestiques*– a explorar las tierras de Etiopía durante una década (1837-1848), preparando posiblemente el terreno para que Francia estableciera allí un protectorado. Cuestiones de política exterior internacional impidieron seguramente que los hermanos d'Abbadie publicaran sus experiencias hasta finales del siglo, ya que tras la vuelta a Europa de estos exploradores vascos las tierras de Etiopía habían quedado en la órbita del Imperio británico. Cuando Antoine puede y decide publicar sus viajes, las ascensiones se describen, una vez más, de manera somera. El explorador recuerda con solemnidad cómo, en la época en la que en Europa bullían las revoluciones de 1848, él se encontraba realizando trabajo de campo, triangulando puntos geodésicos desde uno de los puntos más altos en que se había colocado un teodolito, "je voulus faire un tour d'horizon au mont Buhait, et le 13 de mai de 1848, j'attendis en vain plus d'une heure et demi sur ce sommet isolé, debout, nu-pieds, et ayant de la neige jusqu'aux genoux. Les nuages en cessèrent de m'envelopper, et le froid me chassa enfin de cette station. Deux jours plus tard je pu prendre une revanche sur le vaste mont Dejan en un point que j'ai nommé mont Ankua, haut de 4.600 mètres, et l'un des lieux les plus élevés du globe où l'ont encore planté un théodolite" (1863: vj). Aparte de que viajaba descalzo, al modo local, poco más cuenta de sus ascensiones: fechas, horas de marcha y alturas alcanzadas.



"Antoine D'Abbadie: trabajos de triangulación en Etiopía". Online: fuente: "Bibliothèque Nationale de France: Gallica: Serra d'Abbadie": <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b53006686>

Se extendió algo más a la hora de relatar sus ascensiones el padre Armand David, descubridor para Occidente del oso panda. El religioso ezepletarra combinó la exploración científica con los intereses de la agenda exterior francesa en sus tres viajes por Asia. En el primero de ellos, pese a tener la intención de llegar hasta el Tíbet, hubo de conformarse con explorar Mongolia; en el segundo, alcanzó el principado de Moupin, cercano al Tíbet; y, en el tercero, viajó por el centro de China. Publicó sus descubrimientos en el boletín del Museo de Ciencias Naturales de París. En 1868, en el segundo de sus viajes, narra uno de los intentos infructuosos de ascensión a una montaña de unos 5.000 metros, por pendientes extremadamente verticales cubiertas de nieve endurecida, "ces immenses murailles presque à pic sont capables d'effrayer les plus hardis". El naturalista y su *domestique* chino llegan a quedar suspendidos de las manos sobre el abismo, y continúa de este modo un relato no carente de épica, "Nous continuons cette si fatigante gymnastique, pendant ces quatre longues heures, en nous repentant vingt fois de nous être engagés dans ces abominables précipices où nous n'apercevons pas trace d'un pied humain. Mais, parvenus a cette hauteur, il nous est impossible du moins (c'est ce que nous pensons alors) d'en redescendre sans rouler sur la glace" (1874: 12-13). Se encuentran estancados y las cosas se están volviendo serias,

pero consiguen salir de la encrucijada, “Deo gratias”, y gracias al empuje de su pequeño pero robusto compañero. La noche se les vino encima y no pudieron alcanzar el vértice de la montaña. El padre Armand David relata otras ascensiones que no deparan grandes emociones; en una de ellas, atisba desde la cima los gigantes del Himalaya, y estima que están a una distancia de 30 leguas. Calcula que su altura rondará los 8.000-9.000 metros.

Para finalizar con los exploradores vascos, no podemos olvidar al explorador alavés Manuel de Iradier, a pesar de que su contribución a la literatura de montaña no sea especialmente destacable. Habría que citarlo aunque sólo sea por su papel como fundador de la sociedad La Exploradora, cuyo proyecto fue aprobado en 1868 por Sir Henry Stanley. Las actas de la RGS de 1880 recogen la creación de la institución, sorprendiéndose de su antigüedad y de la aprobación del explorador galés, que se hallaba en Madrid trabajando como corresponsal a partir de la revolución de 1868. Un año más tarde Stanley tuvo noticia de la insurrección carlista en Álava, viajó a Vitoria, donde conocería a Iradier, y de allí a Campezo tras los insurrectos, que para entonces ya se habían escabullido. Dos años después lo enviaron en busca del doctor Livingstone. Parece que Iradier seguía la filosofía de realizar expediciones ligeras que proponía el explorador escocés. Cuenta en las crónicas que publicó en el boletín de la Sociedad Geográfica madrileña que en las montañas de Fernando-Póo alcanzó en tres días a una expedición dirigida por dos europeos, porque era demasiado numerosa y llevaba una carga exagerada; a pesar del exceso de intendencia, el alavés les prestó auxilio con galletas y otras provisiones. Por otra parte, Iradier escribe teniendo en cuenta las directrices que marcaban las sociedades geográficas, recogiendo los datos prácticos que interesaban a la expansión europea y que le servirían asimismo para confeccionar sus escritos. Estos muestran en toda su crudeza el modo de funcionar de los engranajes de la maquinaria colonial europea. En el boletín de la Sociedad Geográfica relata su experiencia en tierra de antropófagos, “Fácil es, facilísimo, adquirir territorios en estos parajes: bastan algunas botellas de rom o ginebra para que un jefe entregue su país y pida banderas; de seguro con un par de barricas de rom se lograría poseer toda la zona que se extiende hasta la Sierra de Cristal”. Los caciques locales, devoradores de carne humana y grandes bebedores, eran más espabilados de lo que se los pinta, “Pero si más tarde llegan otros extranjeros y les ofrecen su protección, cambian de parecer y las primeras banderas se destinan a delantales” (1878: 52). No voy a dar cuenta del trato abochornante que los exploradores europeos dispensaban a nativos y porteadores. En cuanto a lo que nos toca más directamente, las cordilleras se perciben más que nada como líneas divisorias del territorio colonizado, y la exploración de la montaña constituye únicamente una excusa para reconocer y demarcar la extensión de lo conquistado. Aunque Iradier tenía la intención de alcanzar un volcán que se conocía como Onyiko en 1879, tuvo que priorizar sus objetivos y decidió preocuparse en primer lugar de que no le arrebataran los descuidados territorios de Guinea, ya que el resto de las potencias europeas estaban al acecho.

7. Excursionismo cultural

Apartándonos un poco de la exploración científica o colonialista, constatamos que en el País Vasco falta un Alpine Club, y que no disponemos de una tradición de escritores curtidos en la montaña. Así y todo, a finales del siglo XIX y primeras dos décadas del siguiente, sobresale un escritor de la talla de Miguel de Unamuno, bien informado de la literatura académica de algunos montañeros, como es el caso de Élisée Reclus, miembro fundador de la Société Ramond. En Unamuno confluyen el *flâneur* urbano que vaga por la ciudad, el andarín campestre y el montañero casi *sportsman*, pero sobre todo hay que subrayar su faceta de escritor de memorables artículos de montaña, escritos con una gracia que no envidia la soltura para la paradoja de los alpinistas victorianos. Podríamos encuadrar al filósofo bilbaino (él era partidario del trisílabo) dentro del excursionismo *savant* de la época, que mira con suspicacia a los coleccionistas de montañas, y considera que el montañismo es más una actividad cultural que física. En sus ideas de la naturaleza y de la montaña se nota cierta similitud, cuando no una influencia directa, del ya mencionado Reclus. Hacia 1867, el filósofo anarquista francés contempló el País Vasco desde las Peñas de Aya –lo mismo haría el poeta inglés Geoffrey Winthrop Young aproximadamente cuarenta años después–, y desde la perspectiva propia del montañero había llegado a la conclusión de que las montañas vascas no constituyen barreras que impidan la comunicación, de ahí que el euskera y los vascos estaban expuestos inevitablemente a la asimilación. En este parecer Unamuno le seguía a pies juntillas. Asimismo, se aprecia una influencia mutua entre el escritor bilbaino y el poeta catalán Joan Maragall, con quien compartía la afición a la montaña, un proyecto político iberista y la filosofía excursionista. La ascensión a la montaña constituye una ocasión propicia para atender a distintos objetivos de conocimiento y acción: se trata de conocer e interpretar la orografía, la historia, los personajes históricos o arquetípicos, la psicología colectiva, las costumbres y leyes, el idioma; es decir, para hacer país. Así definió Maragall el excursionismo catalán, “nostre excursionisme no es pas un sport, no es pas un esbarjo, no es pas un estudi, que es un amor; i no es pas, tampoc, un amor abstracte a la natura, sinó a la nostra natura” (1913: 223).



“Peñas de Aia / Aiako Harria, observatorio de Elisée Reclus”. Fotografía de Haritz Monreal

Dentro del humor y los afectos cambiantes de Unamuno, hay, en su comunión con la naturaleza, una fluctuación constante en cuanto al entorno paisajístico con el que se identifica. El rector de Salamanca tuvo un vínculo muy estrecho con el paisaje castellano, y se sintió especialmente unido a la Sierra de Gredos, el espinazo óseo de Castilla, desde donde contemplaba la llanada, “toda cima”, caracterizada por la sobriedad, la calma, la austeridad. Asociaba la esencia permanente de la meseta castellana con el paisaje espiritual del desierto africano. Ahora bien, sus preferencias alternan entre el paisaje de la tierra castellana de adopción y el de su lugar de origen. Respecto de aquél dirá, “prefiero este paisaje amplio, severo, grave, esta única nota, pero nota solemne y llena, como la de un órgano, a aquella sonata de flauta de tres o cuatro notas verdes, de un verde agrio” (2014: 283-284). Pero en otras ocasiones bascula hacia la naturaleza del país que le vio nacer y donde pasó sus primeros años, “Yo soy menos grave, menos melancólico [...], y prefiero mis encañadas frescas, mis paisajes de cartón, el cielo de nubes, y los días grises, todo lo que acompañado de tamboril y chistu, después de merendar bien y beber buen chacolí, da una alegría agria. Yo prefiero el placer de subir montes por gastar fuerza, para sudar la humedad endémica” (1951: 221).

Cabe, por otra parte, observar el mismo vaivén en Unamuno, entre el excursionista académico y elitista, que propugna que el sentimiento de la naturaleza debe ser cultivado, y que abomina del acelerado turismo de masas y de la europeización de la sociedad, y el Unamuno deportivo y competitivo, orgulloso de su capacidad para ascender a la montaña. A veces hay en él una actitud contraria a reducir la afición a la montaña a un pragmatismo utilitarista, de rechazo a suprimir su dimensión puramente espiritual y cultural, y se dirige con cierta acritud hacia los europeos civilizados a la inglesa, “Estos pueblos europeos no viven en rigor y en el fondo más que para divertirse. En última instancia sus actividades todas, así que vencen la dura necesidad se resuelven en *sport*. [...] En cuanto se trata de buscar el fin de la humanidad en esta tierra todo se resuelve en *sport*, en despliegue de energía para mantener la energía” (1966: 293). Y, al mismo tiempo, en sus relatos se manifiesta el filósofo que sube de seguido al Aizkorri y a San Miguel de Aralar, “domina” los casi dos mil seiscientos metros del Almanzor en la Sierra de Gredos, vivaquea tres noches seguidas a esa altura y, como los deportistas veteranos, obtiene una satisfacción un tanto cruel al constatar la ineptitud de los neófitos: “Pocas veces he disfrutado más que cierto día, en que llevamos a una montaña a uno de esos señoritos de café, y le vi sudar la gota gorda, dejarse caer a mitad de la falda por falta de aliento, descomponérsele la pelambrea y correrle por la cara gotas de cosmético, y tener que beber echado de bruces, boca al suelo. Y para fin de la fiesta se le quemó toda la cara por el sol, y cambió de pelaje” (2014: 188).

Unamuno fue un buen conocedor de la literatura relacionada con la montaña, y las lecturas impulsaron en gran medida su afición montañera. Comenzó su andadura en las cercanías de Bilbao, en el monte Pagasarri, al que califica de “Himalaya de mi niñez”. De pequeño imaginaba expediciones juliovernescas a Artxanda, adonde huye en su juventud, ante el espanto que le producía la pérdida de los fueros, la industrialización, las multitudes que llegaron a Vizcaya para trabajar en las minas y en la nueva industria, y sus diversiones —especialmente, la

tauromaquia-. Los años y el gimnasio curaron la incomprensión, estos ramalazos de escapismo melancólico y juvenil. En Madrid no dejó de leer a los escritores decimonónicos vascos, pero también se aficionó a Virgilio, los poetas lakistas, Byron o Senancour, sin duda el escritor romántico más citado cuando Unamuno describe sus excursiones, que son siempre ocasión para rememorar sus lecturas.



“Santuario de San Miguel de Aralar”. Fotografía de Haritz Monreal

8. Período de entreguerras

Parecidas influencias literarias podríamos encontrar en los poetas Jose María Aguirre “Lizardi” y Esteban Urkiaga “Lauaxeta”, aficionados ambos al monte. Digamos de entrada que estaban motivados por los exabruptos de Unamuno en contra del euskera, que sirvieron de acicate para la creación de una poesía en euskera de nuevo cuño. Estaban convencidos de que se puede producir en euskera literatura de calidad, y de que el idioma vernáculo tiene capacidad para adaptarse y de entroncar con la cultura universal y la modernidad. De ahí la decisión de romper con el lenguaje y las formas tradicionales, y de situar su poesía dentro de los movimientos de vanguardia de la época. Se les relaciona principalmente con el simbolismo francés, aunque en la lista de las cajas de los libros desaparecidos de la biblioteca de Lauaxeta tras su detención y fusilamiento por los franquistas durante la Guerra Civil figuran también los románticos –incluso los alemanes, que Unamuno raramente menciona–, o filósofos como Schopenhauer y psicólogos como Jung. La afición al montañismo no se refleja directamente en los poemas de estos poetas, el monte es casi siempre una metáfora de algo más.

Lizardi cursó la carrera de Derecho en Madrid, y a partir de 1923 asumió la gerencia de una fábrica de tela metalizada, actividad que compatibilizó con la política y el periodismo. El monte constituyó un refugio y un descanso en el ajetreo cotidiano; sin embargo, en su lírica el poeta no alcanza la serenidad y la paz interior que le deberían de llegar de la montaña. En el conocido poema “Mendi-gaiña”, la cima simboliza el ideal, la plenitud, la cercanía a Dios, su grandeza, la permanencia, la luz. Ahora bien, al poeta le invade la duda de si podrá llegar a la cumbre, “Maite ditut gaillurrak / argiak ez beste... / Ai, egazia banintz / gaiñik-gaiñ nenbilke!”. Lizardi se dirige al monte y le exhorta a que, si hay consuelo para el penar en este valle de lágrimas, le permita llegar hasta allí. Dentro de un imaginario cristiano, en el poema “Urte giroak ene begian”, en la euritmia de una naturaleza que muere y renace con las estaciones, la cima del monte simboliza el punto álgido del sol, la luz, el calor y la vida. La ascensión y el descenso al monte son una metáfora de la vida misma, pero se vale de la geografía cercana y concreta del monte Txindoki para expresar el devenir de la vida humana, de la familia y la patria. Siguiendo a poetas como Wordsworth o Lamartine, Lizardi propone una sociedad y un hombre enraizados en la naturaleza, que siguen su ritmo armónico.



“Txindoki”. Fotografía de Haritz Monreal

En los diversos poemas de Lauaxeta la imagen de la montaña no tiene la misma coherencia del poeta guipuzcoano. Miembro de la facción de los mendigoxales del Jagi-jagi y del PNV, fue apresado en Guernica tras el bombardeo, mientras acompañaba a un corresponsal francés, y fusilado en Vitoria en 1937, tras rehusar los sublevados el intercambio con otros prisioneros. Parece propio del movimiento al que perteneció el propósito didáctico y moralizador que adquieren a veces sus poemas. Al modo de los simbolistas, la montaña refleja un paisaje interior, o es el espejo del ánimo del poeta, aunque generalmente adquiere otras connotaciones. Al igual que en Lizardi, la montaña viene a ser un refugio que alivia la actividad incesante del poeta, y ello no porque rechace o no comprenda la mo-

dermidad, sino porque resulta duro sobrellevar la carga de su implicación en diversos proyectos. Hay quien ha considerado a Lauaxeta el primer poeta social en euskera. En el poema "Mendigoxaliarena", varios compañeros dispuestos a darlo todo por la libertad de la patria mueren tiroteados en el monte. Cabe que esté inspirado en lo acontecido a alguno de los compañeros fallecidos mientras hacían proselitismo por el país, en una de las habituales reyertas entre facciones políticas que competían en el difícil y prebélico período de entreguerras. En otros poemas relacionados con la montaña, Lauaxeta predica la adhesión a las costumbres tradicionales; ahora bien, la juventud montañera viene pisando fuerte, "gazte ule baltz gara, ez zar ule zuri". Se necesita el relevo generacional, un ímpetu juvenil que permita recuperar la patria.

Cabe encuadrar en un vanguardismo de diferente clase la obra del poeta Ramón de Basterra. Comenzó éste su andadura literaria en la revista *El coitao*, junto con su paisano Unamuno. La revista pretendía ser "una exhortación a la valentía, a cultivar 'lo fuerte y serio', a que los 'verdaderos liberales' vascos salgan del caserío y se abran en castellano, al mundo" (Urrutia León 2006: 2). Tras superar unas oposiciones en 1915, trabajó en el Vaticano, y allí comenzó su admiración por Roma, imperio católico y civilizador. En la década de 1920 se reunía en el café bilbaino Lion d'Or en el círculo formado por Eguillor, Mourlane Michelena, Sánchez Mazas, Lequerica, Areilza o Miquelarena –algunos de los cuales fueron colaboradores puntuales en los primeros años de la revista *Pyrenaica*–. A tal círculo Basterra le aplicó el nombre de Escuela Romana del Pirineo, a semejanza de la *École romane*, una iniciativa de Maurrás y de Moreás, creadores del movimiento Action Française. Esta corriente se hizo tristemente célebre a cuenta de sus juventudes, los Camelots du Roi, que se implicaron en la lucha con los grupos de izquierdas, el acoso a profesores y judíos, o en la oposición a que se depositaran las cenizas de Rousseau en el Panteón de París. Por otra parte, se ha relacionado a Basterra con el futurismo, y tanto este movimiento como la *École romane*, rompieron con los simbolistas, los "últimos amantes de la luna". El manifiesto futurista de Marinetti, en contra de la quietud, el éxtasis o el adormecimiento, propone la acción agresiva, un insomnio permanente, las carreras, el salto arriesgado, el golpe, la superación de tiempo y espacio por la velocidad. Considera que la única higiene saludable para el mundo se halla en el militarismo, en el patriotismo. Los futuristas estarían en el humus creador del fascismo italiano, conectado ideológicamente con los camelots.

Basterra escribió en 1923 el libro de poemas *Ubres luminosas*, cuyo contenido podríamos sintetizar en los siguientes versos, "El Pirineo en sus rebeldes cimas / se negó a Augusto, espada mensajera / La loba le brindará en vano, aquí, sus ubres luminosas". Roma introduce a los vascos en la cultura, los aparta de la inercia secular, liquida el calendario lunar, trae las jerarquías, la unión en la figura del Papa, y a su vez la montaña devolverá el impulso purificador que librá a la península del fatalismo semita. El camino de Santiago, eje de la religión católica, reconstituirá un Occidente en decadencia. Un año después, en plena dictadura de Primo de Rivera, se creó la Federación Vasca de Montañismo, y el siguiente vio la luz el libro de poemas de Basterra *Los labios del monte*, dedicado a su Escuela Romana del Pirineo. Continúan en esta obra sus arengas ultramontanas.

Ensalza el catolicismo de la Contrarreforma, “Loyola es disciplina que impone como debe / lo alto sobre lo bajo, la nobleza a la plebe”, que palió la dispersión de los cristianos que trae la Reforma, “Lutero desperdiga las almas como pinos / en el monte sin cúpula... / Loyola nos conduce al gran cielo romano”. Los Pirineos son una calzada, un acueducto, “el afán pirenaico es acometer la vida hacia adelante / prolongar el ritmo de occidente, su vigilancia humana”.

De los articulistas de la revista *Pyrenaica* quisiera destacar únicamente dos, aun a riesgo de que mi juicio pueda parecer demasiado personal o sesgado. En primer lugar, en el período de entreguerras debería mencionar a Manuel de la Sota. El escritor getxotarra estudió Derecho en Salamanca y Cambridge, donde impartió clases durante varios años. Fue presidente de la Federación de Montaña en un momento en que la dictadura de Rivera comienza a flojear, y dejó el cargo para ocupar la presidencia del Athletic a finales de la década de 1920. En la siguiente década ingresó en el grupo independentista Jagi-jagi. Ya en el exilio, fue director del equipo de fútbol Euzkadi y del grupo de danzas Eresoinka. Destacó como literato, colaborando con Lauaxeta, aunque a veces mantuvo el anonimato, como *ghost writer* de algún montañero o del propio lehendakari Aguirre, con el que colaboró en la conocida obra autobiográfica de este último *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*. Con De la Sota al frente de la Federación se perciben en la revista varios cambios: así, aparecen recensiones de literatura de montaña inglesa, francesa, italiana y alemana, se siguen las revistas de clubes como el Alpine Club y las tendencias más modernas en el alpinismo, y en los artículos del nuevo director se hace eco de autores de literatura de montaña coetáneos como Geoffrey Winthrop Young o Javelle.

Sota fue un colaborador habitual de la revista, y ya en el primer número publicó unas pequeñas escenas de montaña, al modo de los idilios de Teócrito. De tendencia modernista, emplea figuras retóricas rompedoras: sinestesias extrañas como “nostalgia azulada de una gasa de bruma” o, al describir los cuernos de una vaca, “cuernos de canela”; metáforas o símiles chocantes, “La silueta de un pastor, dibujada donde el monte se une con el cielo, se estira como una cruz moviese los brazos; es la hora santa de las ovejas”, o “aúllan los pastores”. Como los poetas barrocos, une lo profano y lo divino, lo tradicional y lo científico, “lanzan irrintzis salvajes como cohetes guturales”. En otro número propone a los lectores que compartan sus “Pensamientos de montaña”, pero nadie respondió al desafío. En su frustración, justifica de esta manera la falta de interés que observa, “el deporte, hoy por hoy, no es un estimulante para pensar, y no por falta de él, sino por culpa de los que lo practican” (1927: 51). Finalmente él mismo elaboró una especie de definiciones de los elementos típicos de una escena de montaña, pensamientos paradójicos que guardan cierta similitud con las greguerías de Gómez de la Serna.

9. Posguerra

En segundo lugar, y para finalizar este apresurado recorrido por la literatura de montaña del País Vasco, cabe destacar la labor de Juan San Martín en la revista de la Federación a partir de la década de 1950. Su primera colaboración con la revista arranca en 1953, y muestra una preocupación por el medio ambiente que resulta bastante novedosa para la época. Comenzando con este artículo, el polígrafo eibartarra citó a autores que el régimen podría considerar poco afines a la ideología imperante, y comienza con la mención del naturalista socialista Tous-sene. El círculo de escaladores guipuzcoanos que acompañaba a San Martín sentía admiración por Gaston Rébuffat. En ese sentido, hay indicios en alguna traducción, menciones explícitas, y lo atestigua el estilo de los artículos. La admiración provendría, en primer lugar, del gusto por el modo de escribir del alpinista marsellés y de la adhesión a la filosofía del alpinismo de este. También del conocimiento de primera mano de las montañas que se mencionan en sus obras o, incluso, porque Rébuffat representó un desafío para el *establishment* montaño francés, que en algunos casos se había reciclado poco desde los tiempos del régimen autoritario y colaboracionista del mariscal Petain. En su siguiente artículo, San Martín relata el ascenso al Naranjo con los tecnicismos y el argot propio de los escaladores modernos; se palpa la tensión, “Escalé por la llambria trabajando con las puntas de los dedos en agarres inverosímiles, manteniendo el peso de mi cuerpo con entereza; el menor balanceo podría ocasionarme la pérdida del equilibrio y con él la caída. Tras algunos momentos de angustia, llegué a un extremo en que era de rigor apoyarme en una pequeña laja que parecía estar suelta, pero por suerte pude sostenerme; desde ella llegué al último agarre para alcanzar la parte superior. Encontré una clavija encima de la 'panza' donde me aseguré para descansar algunos minutos” (1953: 47-48). Recibió San Martín un “premio meritório” en el *I Concurso de Literatura de Montaña “Trofeo Jose María Peciña”*, aunque es posible que mereciera el primer premio, ya que el fallo de 1955 parece haberse atendido más al perfil ideológico de los ganadores que a la calidad de los textos. El polifacético eibartarra, que comienza este artículo con una cita del poeta catalán Verdaguer, autor del poema épico *Canigó* de gran relevancia en la *Renai-xença*, relata un *ascensus ad inferos*, con caída incluida. La ascensión, obstaculizada por los elementos orográficos y meteorológicos, culmina con una paz angelical, “El viento se entregó al letargo, el cielo recobró su calma y su sempiterno azul impera de nuevo sobre los espacios siderales invitando a la contemplación” (1956: 35). Parece casi una alegoría de los tiempos que le tocó vivir, en los que poco más se podía hacer que contemplar con resignación. San Martín, además de artículos de escalada —el primero en euskera fue probablemente suyo—, elaboró croquis de vías de escalada, textos sobre toponimia y lengua vascas, e incluso un pequeño diccionario con términos de montaña. Sirva esta modesta referencia como reconocimiento a su valiosa aportación a la literatura de montaña vasca.

10. Bibliografía

- BURKE, Edmund. *A Philosophical Enquiry into the Origins of Our Ideas of the Sublime and the Beautiful*. Londres: Dodsley, 1757.
- CHAHO, Joseph Augustin. *Paroles d'un bizkaïen, aux libéraux de la reine Christine*. París: P. Dondey-Dupré, 1834.
- . *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des basques (1830-1835)*. París: A. Bertrand, 1836.
- D'ABBADIE, Antoine. "Analyse du voyage en Navarre de M. Chaho", *Bulletin de la Société de Géographie*. París: Martinet, 1836.
- . *Géodésie d'Éthiopie ou triangulation d'une partie de la Haute Éthiopie*. París: B. Duprat, 1863.
- DAVID, Armand. "Journal d'un voyage dans le centre de la Chine et dans le Thibet Oriental", *Nouvelles Archives du musée naturelle. Bulletin des Nouvelles Archives*. París: Masson, 1874.
- DE BASTERRA, Ramón. *Las ubres luminosas. Poesías*. Bilbao: Miguel de Maeztu, 1923.
- . *Los labios del monte. Escuela Romana del Pirineo. Acueducto del caudal grecolatino en las montañas rebeldes*. Madrid: Renacimiento, 1925.
- DE CARBONNIÈRES, Louis-Ramond. *Observations faites dans les Pyrénées, pour servir de suite à des observations sur les Alpes*. París: Belin, 1789.
- DE GARIBAY, Esteban. *Compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reynos de España, donde se escriben las vidas de los reyes de Navarra*. Barcelona: Cornellas, 1628 [primera edición 1571].
- DE IRADIER, Manuel. *África. Fragmentos de un Diario de viajes de exploración en la zona de Corisco*. Madrid: Sociedad Geográfica de Madrid, 1878.
- DE IZTUETA, Ignacio. *Guipuzcoaco provinciaren condaira edo historia, ceñetan jartzen dirade arguiro beraren asieratic orain arte dagozquion barri gogoangarriac*. San Sebastián: Ignacio Ramón Baroja, 1847.
- DE LABORDE, Alexandre. *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. Tomo II. París: H. Nicole, 1809.
- DE LARRAMENDI, Manuel. *Corografía o descripción general de la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa*. Barcelona: J. Subirana, 1882.
- DE THOU, Jacque-Auguste. *Histoire universelle de Jacque-Auguste de Thou. Depuis 1543, jusqu'en 1607. Traduit sur l'édition latine de Londres*. Tomo I. Londres, 1734 [primera edición 1582].
- DE UNAMUNO, Miguel. *Obras completas*. Tomo I. Madrid: Aguado, 1951.
- . *Obras completas*. Tomo VIII. Madrid: Escelicer, 1966.
- . *Por tierras de Portugal y España*. Madrid: Alianza editorial, 2014 [primera edición 1911].
- DE ZUAZNAVAR, Jose María. *Memorias para la historia de mi vida*. Baiona: Lamaignere, 1834.
- GARAY DE MONGLAVE, François Eugène. "Le chant de Altabiçar", *Journal de l'Institut Historique*. París: P. Baudouin, 1834.
- JACKSON, Julian R. "Of Picturesque Descriptions in Books of Travels". In: *Journal of the Geographic Society*. Londres: RGS, 1835.
- MARAGALL, Joan. "En Jacinto Verdaguer excursionista". In: *Obras completas d'en Joan Maragall. Escrits en Prosa*. Barcelona: Guinart y Pujolar, 1913.
- MONREAL, Haritz. *Mendi literatura*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2017.
- PICAUD, Aimeric. *Codex Calixtinus*. Tomo V. *Iter pro peregrinis ad Compostellam* (lib vii), siglo XII.
- QUINTILIANO. *Institutio Oratoria*. [edición bilingüe: *The Institutio Oratoria of Quintilian, with an English Translation by H.E. Butler*. Cambridge Massachussets: Harvard University Press, 1921], siglo I.
- SHAKESPEARE, William. Richard David (ed.) *Love's Labour's Lost*. Londres: Methuen, 1963 [primera edición 1598].
- STEPHEN, Leslie. H.E.G. Tyndale (ed.) *The Playground of Europe*. Oxford: Blackwell, 1946 [primera edición 1871].

URRUTIA LEÓN, Manuel M^º. "Unamuno y el periódico bilbaino *El Coitao. Mal llamado*". In: *Revista de Hispanismo Filosófico*. Nº 11. Alicante, 2006. Online: <<http://www.cervantesvirtual.com>>.

WORDSWORTH, William. *The Complete Poetical Works of William Wordsworth*. Boston y Nueva York: Houghton, 1919.